

EN CANOA A TRAVÉS DEL ATLANTICO EN 72 DIAS

*Artículo del Boletín de la
Sociedad Geográfica de Colombia
Números 71-72, Volumen XIX
Segundo semestres de 1961*

"Náufrago voluntario", Un joven científico alemán examina las posibilidades de sobrevivir en alta mar.



bordo del "Italia" regresó a Alemania a fines de abril el médico de treinta y cuatro años, doctor Hannes Lindemann, que el año pasado había cruzado el Atlántico en una canoa para probar en sí mismo los límites de la resistencia humana.

¿Qué probabilidades de sobrevivir tiene un náufrago que está expuesto durante semanas enteras a las furias del mar en una balsa o en una pequeña embarcación? Esta pregunta impulsó al joven médico a aventurarse por segunda vez el otoño de 1956 a la peligrosa travesía del Atlántico, completamente solo y en las condiciones más primitivas. Lindemann no es un aventurero. Lindemann sabía lo que le esperaba. Ya en 1955 se había hecho a la vela a través del Océano hasta Haití, en una piragua que había construí do con dos indígenas en la costa del oeste de África. A pesar de todas las advertencias que se le hicieron, decidió, un año después, exponerse otra vez a los peligros y a las privaciones en servicio de la ciencia.

En una canoa de cinco metros, construí da en serie, que había provisto de una batanga, una pequeña vela y tubos de goma a los costados, emprendió el doctor Lindemann el 20 de octubre de 1956 su travesía desde Las Palmas, en las Islas Canarias. A los 72 días hacía tierra en Santo Tomás, en las Antillas. Durante toda la travesía no pudo extenderse ni una vez siquiera en su estrecha canoa. Sentado y en cuclillas, con la cara llena de costra de sal y casi siempre con la ropa mojada salvó las 3.000 millas, atormentado por el insomnio y los dolores de los miembros.

Tenderse a lo largo a dormir sabía el doctor Lindemann que habría significado grave peligro de muerte para un hombre en aquella situación.

Aquel insomnio forzoso fue para el doctor Lindemann el mayor suplicio de su odisea. No pudo concederse más que una pausa de pocos minutos de sueño. A los treinta días aproximadamente observó un "delirio" que reclamaba todas sus energías. En este estado, dice el joven investigador, el mundo ambiente se precipitaba sobre él y sentía el impulso casi irreprimible de abandonar el bote y lanzarse por la borda. En su primera travesía en la piragua había arrojado Lindemann, bajo este peligroso influjo, víveres y un valioso instrumental. En esta ocasión no pudo resistir más que apelando a toda su voluntad y con todas las fuerzas del espíritu. Constantemente se sugestionaba imperativamente diciendo: ¡No debes dormir, tienes que mantener el curso, tienes que triunfar!

Lindemann no creía la tesis del médico francés, doctor Bombard, según el cual un hombre puede resistir mucho tiempo sin agua dulce. En su primer viaje, en 1955, había hecho la experiencia de que tomando agua de mar y comiendo pescado crudo se presentaban edemas en los pies al poco tiempo. Por esto, en su segundo viaje bebió agua de lluvia que recogía en la vela. Además llevaba víveres a bordo. De cuando en cuando pescaba algún pez para prolongar sus víveres, y en los últimos días comió también algas marinas. A los 36 días se cruzó con él un barco holandés que se acercó a él y le preguntó si necesitaba ayuda. Para aquel hombre abatido, enflaquecido e insomne fue aquella la mayor tentación de su vida, pero la rechazó.

Las experiencias de Lindemann han despertado vivo interés, especialmente en los Estados Unidos. Ya desde hace años procuran la aviación y la marina norteamericanas establecer reglas de conducta en situaciones en las que el hombre está expuesto sin ayuda a las fuerzas de la naturaleza. En "Survival Courses" se adiestra a los soldados en este arte. Por esto, el doctor Lindemann encontró atento público en las conferencias que pronunció a su llegada a los Estados Unidos. En julio quiere volver a Nueva York para publicar un libro en el que recogerá los resultados científicos de sus experiencias.

